

RINCON DE LETRAS

Lamentamos no reproducir íntegro por falta de espacio el brillante estudio que Emilio Soto dedicó en "La Nación", de Buenos Aires a Lugones, en el aniversario de su trágico fin. Como se sabe, el gran poeta que buscó por su propia mano el hielo de la muerte, sufrió el mismo terrible desconsuelo, ante una época que ahoga a los grandes espíritus, del que se libertaron, en igual forma Alfonsina Storni y Horacio Quiroga.

LUGONES

Cuando se estaba delante de Lugones se comprendía lo que quiere decir prestancia: suma de elegancia natural y de vigor disciplinado. Erguido, bien plantado, los músculos en tensión y en libertad al mismo tiempo, daba en los últimos años la sensación de que medio siglo de vida no había sido para él desgaste, sino progresivo pulimento. Era una madurez demostrada que prometía una ancianidad de patriarca a lo Carducci. Tal su aplomo viril, cuyas canas ostentaban el brillo del acero pavonado.

Impresionaba en Lugones ese difícil equilibrio, esa armonía entre la salud del alma y la dicha rítmica del cuerpo. Y no se echaba de ver detrás al puritano que no bebe ni fuma y cuya vitalidad es el premio del hombre que renuncia al goce fácil de la vida. Acaso por puro gusto de contradecirse y de contradecir, Lugones desmentía la apariencia sensible del escritor de oficio: ninguna lividez de madrugadas perdidas había en su rostro rasurado como su prosa. Su porte estaba, pues, en desacuerdo con la acreditada y trasnochada efigie del poeta que campea en la portada de los Parnasos hispanoamericanos del siglo XIX. El sensualismo lo dejaba para la imaginación creadora aquel varón de costumbres sobrias, aquel ciudadano que se resistía a perder las virtudes clásicas del criollo.

Porque Lugones era un madrugador incorregible. Las musas no le visitaban entre gallos y medianoche: él las citaba, les daba audiencia a primera hora del día. Algunas le abandonaron, irreductibles a su culto a la discipli-



LEOPOLDO LUGONES
Dibujo de Alejandro Sisiso

na; de otras tuvo "el amor fiel". Diríase que sus desvelos noctámbulos terminaron una vez escrito **El lunario sentimental**. Luego entregó su fervor interpretativo al paisaje de la patria y a las deidades civiles. Con frecuencia alternó la túnica del poeta con la toga del preceptista literario entregado de lleno a las disputas del ágora, sobre todo en la última etapa de su vida. Ese magisterio lo obligó más de una vez a dejar el misterio poético de la postrer estrella por las primeras luces que saludan las dianas.

Lugones, adorador de las formas, mantuvo el cuerpo en forma con la perfección que define el dicho deportivo. Ahora, a los diez años de su muerte, nos consta que se preparaba para el encuentro supremo, resolución estoica que fué el desquite de

sus antiguas tendencias paganas. Caminaba con la agilidad de un cadete — dijo Gerchunoff de él con doble acierto—. Difícil resulta afirmar si ese libre juego de la gracia física era más marcial que olímpico.

Inquieto y movedido, a Lugones le urgía las manos y los pies una impaciencia sin descanso, un prurito de desplazamiento incontenible. Padeía una extraña fiebre de movimiento, pues mientras hablaba no podía permanecer en el mismo sitio. A cada rato cambiaba de lugar y de postura como le gustaba hacerlo en el orden de las ideas, pero en la viva unidad humana residía el “espectáculo magnífico”, según lo definió Rubén Darío.

Hacía lujo de campechanería y ausencia de fórmulas convencionales, sin caer en los excesos de la confianza. Alguien observó que Ingenieros le ponía a cualquiera las manos sobre el hombro, a los cinco minutos de conocerle. Lugones era incapaz de permitirse esos extremos. No de balde reverenciaba el sentido del caballero, histórica y socialmente. Pero sabía conciliar el respeto sin ceremonia con el afecto y aun la efusividad. Quien se acercaba a Lugones encontraba en seguida su ser auténtico en la doble vocación de la belleza y la amistad.

Con una significativa insistencia se relacionó la desaparición de Leopoldo Lugones con la falta de acústica social que en el país venía encontrando su obra y aun su nombre. Unos le atribuyeron más y otros menos importancia; no pocos de los amigos y admiradores del poeta hablaron de su conciencia de postergado y la asociación a su decisión postrera e irreparable. Un escritor de envergadura moral al uso hubiera facilitado la pista a los rastreadores, documentando su resentimiento y su protesta; Lugones se había impuesto el silencio por un inviolable decoro sentimental. Los labios de su herida interior no habían sido conformados para esa queja; estaban sellados por dos impulsos señeros que acusan bien el arisco carácter español: arrogancia y pudor para exhibir las lamentaciones de honda raigambre.

Lugones tiene que abrirse paso en tales circunstancias tan poco propi-

cias para la literatura. Es un joven provinciano que ha bajado de Córdoba sin otra singularidad que la de no ser siquiera doctor. Su camarada y amigo Roberto J. Payró, sintetizará más tarde el destino común: “En nuestro país, el que no tiene un título, está obligado a pasarse toda la vida dando examen”. Algunos de los hombres influyentes incluso aman las bellas letras, aunque casi siempre llevan en sus gustos el atraso de una generación y se dan el lujo de proteger a los escritores que decoran sus antecámaras. Hasta entonces ser intelectual era cumplir el periodo de recluta que procedía y facilitaba la consagración política. Era, pues, inconcebible el escritor a secas y, sobre todo, el que resistía el sirenismo del poder. No se diga ahora el que desafiaba los caprichos del gobernante, el que censuraba sus actos, el que a la acusación añadía la sátira. A ese tipo inusitado pertenecía Leopoldo Lugones, quien a fines del siglo no sólo se caracterizaba por tal alarde de independencia mental, sino por la expresión de nuevo cuño. Carlos Romagosa en la carta de presentación que le había dado a Lugones para Mariano de Vedia ya hacía resaltar la vehemencia de sus arremetidas. Descubre ecos del hirsuto Almafuerte que era el dialecto local del victorhuguesmo. La verdad es que su anatema traía un “estremecimiento nuevo” al par que se apoyaba en conceptos apenas difundidos en aquel medio literario, Lugones blandía su verbo incandescente en nombre del humanitarismo, de la redención social y de la lucha contra los privilegios. Y, por añadidura, lanzaba sus apóstrofes en prosa y verso con el irresistible prestigio que para los gustos finiseculares asumía el “modernismo”. Al lado de La marcha de las banderas, verbo de vituperio al rojo, circulaba el soneto al señor Intendente, punta seca donde la caricatura raya en el sarcasmo.

Ulteriores problemas y circunstancias histórico-sociales aguzarán su conflicto temperamental, pero las líneas dominantes no hacen otra cosa que proyectarse. Arrancan en rigor de aquel primer forcejeo agónico consigo mismo en el que no se dió tregua, y simultáneamente, de lucha con el medio y aun con los propios compromi-

sos proselitistas que sus conquistas le deparaban. El péndulo de sus pronunciamientos osciló entre furiosas antinomias sin avenirse a armonizar los opuestos: individualismo u orden, derecho o deber, progreso o disciplina, en suma, libertad o autoridad. Lugones — serrano — sentía una pasión excluyente por el aislamiento de las cimas, así en la naturaleza como en el paisaje de la cultura, aun cuando los picos se unen por la base. En las Ondas seculares dió la clave de su andinismo ideológico y espiritual: "Yo que soy montañés sé lo que vale la amistad de la piedra para el alma", lo que complementa una de las imprecaciones que restallan en la oración pronunciada en el funeral cívico de Zolá (1902): "Abájate monte y te pisotearán las cobras; acrece tu altura y te envolverá la nieve...". Antes en el poema "La voz contra la roca", que le valió el saludo propiciatorio de Groussac (1896), había escrito: "Los arrabales del cielo son las cumbres".

La voluntad y el destino libraron en el espíritu de Lugones una dramática batalla cuyo último secreto acabamos reverentemente. Sin duda de esa pugna entre el eslabón y el pedernal ha surgido su portentosa obra de poeta y de artista, la zarza ardiente de sus meditaciones de patriota, su ahinco de obrero de la inteligencia, sus laboriosas vigiliias sin orillas en la alta noche, en fin, su conducta de hombre cabal que se da íntegro así en sus aciertos como en sus sinceros errores. El mismo lo confesó en versos memorables:

**Si amas la vida y sabes merecerla
hasta hermohear tu propia desven.**

**(tura,
tal así como afina el mar la perla
que engendró en la inquietud y la
amargura.**

De tal modo, Lugones se entregó a la búsqueda de un orden severo de vida individual y colectivo. Podía haber hecho suya la confianza que Hugo dejó caer en el prólogo de **Las contemplaciones**: "comenzar en la multitud y terminar en la soledad". Con la intransigencia de sus días iniciales, se mantuvo inconforme con los sofismas de los locatarios del octavo círculo dantesco: embaucadores, adu-

ladores, fraudulentos, etcétera. Intimamente insumiso, ni le pidió ni le aceptó halagos al mundo burgués. A éste, naturalmente, le era imposible negar a Lugones; en cambio, era eficaz condenarlo a un segundo término perpetuo, relegar su personalidad de aristas bien acusadas, restarle significación en el orden de las "fuerzas vivas" del país. Esa conciencia de postergado tal vez ha ido acumulándose como una bola de nieve y sin duda contribuyó a amasar el hielo de la muerte. En vano muchos creyeron haberse ganado a Lugones a su causa después del cambio de profesión de fe. El poeta permaneció abrupto como un acantilado sobre el mar, discolorado, inabordable a la lisonja de los satisfechos de la vida. Estos no comprendían el desgarramiento de sus confesiones:

**Y el bocado de pan
que como sin amargura ni afán.
Y el ochavo de luna
que preferí a la fortuna.**

OPINION LITERARIA

Cuando no hace mucho, se hacía injustificada omisión de un escritor representativo de una región del país, en un panorama geoliterario, inserto en una publicación de esta misma casa universitaria, leemos en un ampollo estudio con el título de "Novela y Geografía de Chile", que el escritor y diplomático chileno Salvador Reyes dió a conocer por medio del prestigioso periódico literario de París, **LES NOUVELLES LITTERAIRES**, el siguiente juicio sobre intérpretes del campo chileno:

"El novelista de esta región maderera refiriéndose a la de Maule — es Mariano Latorre. Se le considera el más chileno de los novelistas por su conocimiento sin rival del campo y sus costumbres. Este autor, que se enorgullece de su bigotes de galo, da preferencia al paisaje sobre el hombre, y en este género ha alcanzado verdadera maestría. Luis Durand, que se proclama su discípulo, ha producido ya una serie de obras de mérito. Pero es acaso Carlos Acuña quien ha dado más vida y color a la novela de esta región".

Juan Ramón Jiménez y su valorización de la poesía

El gran poeta español ha expresado en una reciente entrevista que le hicieron en Buenos Aires:

“¡Hagan versos, muchachos! Pero, hagan los suyos. Y cuando descubran que se parecen a los de otros, rómpalos. No besen a la amada con los labios de otro hombre. No trabajen para la gloria ajena. La imitación, el eco, son homenajes a alguien que no somos nosotros mismos, a una voz que no es la propia. (Y aquí la gran revelación sorprendente — en 1911 —, confirmada luego a través de su obra en los últimos treinta años). Yo mismo no soy más que un fugitivo de la “literatura”. Huyó de las reminiscencias. Y no crean que es fácil. Empecé a escribir a los quince años; y a publicar a los diecisiete. Lo he destruído todo, o casi todo, conservando sólo algunos aciertos de juventud, que por estar publicados, en cierto modo no me pertenecen; pero, todavía no he podido destruir en mí mismo, apagar, los ecos que ahogan mi voz, mi acento inconfundible. Yo hablo, siento, me expreso, en cuanto humano, de un modo peculiar, como yo soy. ¿Por qué mi poesía, que debe ser lo mejor de mí, lo más profundo de mi ser, ha de nutrirse de sangre extraña? En esa lucha estoy, queriendo ser poeta, “mi poeta”, el poeta — el revelador — de mi misión; un poeta, liberado de todo influjo literario, español o universal, necesario para depurarnos en el período de formación; pero que es un lastre en la hora de la contempla-

ción, del éxtasis propio, que nos eleva, en busca del coloquio con nuestra alma. La cultura es el cultivo del espíritu, como la simiente, el arado y el abono son la cultura de la tierra. Necesarios en su momento, como medios. Pero no como fin. La finalidad creadora es la espiga, la flor, el fruto. ¡Si yo pudiese florecer, con mi propia aroma inconfundible, como florece el árbol, cada primavera!”.



JUAN RAMON JIMENEZ

Pienso que la educación universitaria debe realizar un armonioso equilibrio entre lo estático y lo dinámico, entre el pasado y el presente, entre el ideal y la práctica, entre lo bello y la materia. No es malo tener ensueños

si los sabemos animar con una estructura científica, pues como decía France, es necesario, sentir es necesario, amar, pues ciencia sin conciencia es la muerte del alma.

Luis Garrido, mexicano.